

3

FILMS
DE AMOR
FAUSTO



Núm.
14

50
Cts.

G. Ekman - E. JANNINGS - C. Horn

FILMS DE AMOR

DE

BIBLIOTECA FILMS

Redacción, Administración y Talleres:

VALENCIA, 234

Teléfono 958-G

Año II

BARCELONA

Núm. 14

50 céntimos

REVISADO POR LA PREVIA CENSURA

FAUSTO

! Esta novela puede resumirse
en una sola palabra: !!AMOR!!

Admirable poema del inmortal

GOETHE



Exclusiva UFA-UNIVERSUM FILM A.

Plaza de Cataluña, núm. 9 - BARCELONA

: : Antonio Maura, 16 - MADRID : :

FILMS DE AMOR

BIBLIOTCA FILMS

REVISADO POR LA COMISIÓN DE CENSURA

30 de mayo de 1934

REVISADO POR LA COMISIÓN DE CENSURA

Registrada. Queda hecho e depósito que marca la ley

FAUSTO

ESTUDIO DE CINE

Administración de cine

COLINE

Administración de cine

EXHIBIDA EN EL MUSEO DE CINE

Exposición de Cine

Imprenta Comercial - Calle Valencia, 234 - Barcelona

FAUSTO

INTÉRPRETES:

Fausto.	<u>Gosta Ekman</u>
Mefisto.	<u>Emil Jannings</u>
Margarita.	<u>Camila Horn</u>
Su madre.	FRIEDA RICHARD
Valentino.	WILHELM DISTERLIE
Marta.	YVETTE GILBERT
Duque.	ENRIC BARCLAY
Duquesa.	HANNA RALP
El Arcangel.	WERNER FUTTERER

Prólogo

Las puertas del Orco, mansión infernal, se han abierto por un permiso especial de la divinidad, y el Genio del Mal trabaja para la perdición del humano linaje.

Los horrores del Hambre, de la Peste y de la Guerra hacen temblar a la Tierra.

Dios, Genio del Bien, Bien por esencia, se compadece de la humanidad doliente, y envía uno de sus ángeles a contrarrestar los males

que el Genio del Averno ha desencadenado sobre la Tierra.

El Angel, brillante de luz, extiende sus alas y aparece entre nubes que se abren a su paso. Brilla en su diestra flamígero gladio.

El Genio del Mal que parecía haberse hecho dueño de la Tierra tiembla de pavor.

—¡Atrás!... ¡Detente! — ordena el divino emisario con voz argentina como trompa de plata, dirigiéndose al infernal enemigo de la humanidad.

A la aparición del alado emisario ruge todo el infierno y Satán se enfurece al oír su imperativo mandato. El ángel vuelve a hacer oír su voz potente:

—Satán, ¿por qué azotas a la humanidad con las desgracias de la guerra, la peste y el hambre?

—¡Mía es la Tierra!—responde el Genio maléfico con voz de trueno que hace estremecer el orbe.

—¡Jamás la tierra te pertenecerá!... El hombre es sólo de Dios.

—¡Mira allá abajo, el mundo!

—Maraviloso es todo en la Tierra y en el Cielo; pero la más grande maravilla es la libertad del hombre, el libre albedrío, que le permite elegir el bien o el mal.

—Si me dejas influir en el ánimo del hombre, elegirá siempre el mal...

—¿Ves allá, en aquel rincón de la tierra aquel sabio llamado Fausto?

—Es necio como todos los hombres, enseña el bien y obra el mal, pues quiere hacer oro y encontrar la piedra filosofal... Mira, en su rostro brilla el anhelo del deseo...

—El deseo es un anhelo noble del ser humano. Fausto es bueno.

—¿Apuestas a que tu siervo se vende si yo influyo en su ánimo?... Si me lo permites yo tentaré a Fausto, y se lo arrancaré a Dios, y ganaré para mí su alma, conduciéndolo por mis sendas.

—¡Tentarle puedes!... ¡Si destruyes de Fausto su sentimiento divino, la tierra te pertenecerá!

—Ningún ser humano resiste al mal si yo le tiento. ¡Acepto la apuesta!

Dijo Satán. Y el Angel bueno voló a las mansiones celestiales, mientras aquél producía con su aliento maléfico un viento huracanado sobre la faz de la tierra que produjo una de las mayores calamidades que pueden aquejar a la humanidad:

“¡La peste!”, se oía por doquier... “¡La peste!”, gemían los mortales, ¡¡la peste!!

Pronto la plaga se propagó. En breves días murió gran parte de la familia humana.

¡Noches trágicas en que la humanidad doliente levantó sus gemidos a lo alto en demanda de socorro a sus males!

—¡El mundo era un angustioso grito de dolor!

I.—La tentación

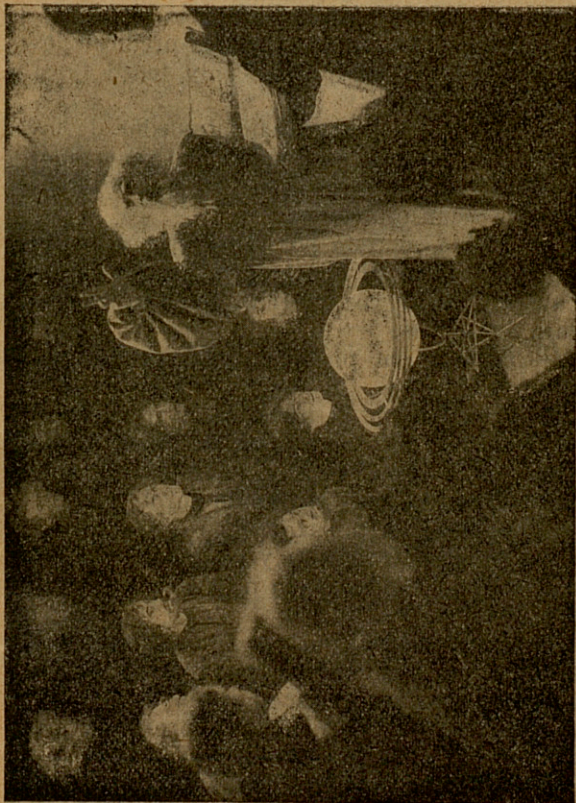
El doctor Fausto, un gran sabio y un físico notable de la Edad Media ha envejecido en el estudio de los secretos de la naturaleza y en la enseñanza de los grandes descubrimientos científicos que ha hecho en sus largas horas de estudio profundo.

Reúnense a su alrededor los sabios, deseosos de conocer los grandes secretos que la tierra encierra en su seno y los prodigios del mundo sideral.

El doctor Fausto, en el secreto de su laboratorio, lucha por la detención de la peste que se ha declarado con caracteres alarmantes en la ciudad que habita.

Fausto, eminentemente creyente, en noche terriblemente trágica, implora de Dios que le ayude en su empresa de encontrar un remedio eficaz contra la horrible plaga que asola a la humanidad.

Y mientras el doctor Fausto se halla en su solitario retiro entre redomas y probetas, en busca del elixir de vida, el remedio contra la peste; en la calle, el miedo a la muerte enloquecía a las gentes.



Reúnense a su alrededor los sabios deseosos de conocer los grandes secretos de la tierra.

Los ministros del culto, en plena calle, exhortan al pueblo a hacer penitencia.

—¡Haced penitencia y orad!—predican los ministros—. Haced penitencia y tened fe si queréis ser salvos.

Y los fieles se agrupaban alrededor de los ministros a quienes escuchaban con veneración y respeto pensando en la muerte que constantemente veían tan cercana.

El pueblo, alocado por tanta desgracia, corre hasta llegar al apartado retiro del doctor Fausto y allí, a voz en grito, impetra socorro para sus males:

—¡Fausto, ten piedad!... ¡Tú puedes salvarnos!

Los atacados de la peste son conducidos al sabio doctor que tiene fama de mago prodigioso; pero sus elixires y remedios son contraproducentes, pues en vez de devolver la salud, producen la muerte.

Desesperado el anciano y perdiendo la fe en la ayuda del Cielo, cae en un gran abatimiento y tristeza.

Es aquel momento de tétrico desaliento que aprovecha el Príncipe de las Tinieblas, el Genio del Mal, para tentar al justo.

Fausto está ensimismado en profunda meditación... “¡Estériles esfuerzos...”!—piensa—. “Ningún conocimiento ni saber alguno, puede ayudarnos... ¡La fe es una farsa!... ¡Todo es mentira.”

Y como una obsesión domina al anciano

Fausto que le impulsa a recurrir al genio infernal:

—¡Ven!... ¡Llega a socorrerme, Espíritu de las tinieblas!... ¡Preséntate, perro fatal!

Este conjuro hizo surgir a su espalda una sombra que poco a poco fué tomando forma humana, aunque horrible. Era satán, el Príncipe del Averno el cual inclinándose sobre su oído y apoyando sus brazos en sus hombros le susurró al oído:

—¿Me has llamado?... ¡Heme aquí!

—¿Quién eres?

—El que tú has invocado... El más poderoso...

—¿Cómo te llaman en tu mundo infernal?

—¡Mefisto!

—Vete, vete, Satán, me aterra tu presencia... ¡Aparta!

Mefisto rió con risa infernal. Presentó ante los ojos del anciano un espejo y murmuró a su oído:

—Ya ves, eres viejo... Yo tengo poder para volverte joven.

—¿Cómo?

—Con sólo una condición: renuncia a Dios, a los bienes celestiales y véndeme tu alma a cambio de la juventud, del poder y de los goces de este mundo.

—No, no... Tu proposición me causa pavor... ¡Vete, Satán!

—Si quieres haremos un día de prueba... Sólo un día... Yo te devolveré la juventud, te



daré el poder, riquezas, honores, placeres... Poseerás todo esto durante un día y si al cabo de él te arrepintieres, no hay nada de lo dicho, volverás a tu primitivo estado... Créeme, haz la prueba y no te arrepentirás... ¿Ves este reloj de arena?... Cuando toda esta arena haya pasado al otro depósito, habrá transcurrido un día, y entonces podrás anular el contrato... ¿Quieres?

—¡Quiero!

—Firma este papel.

Y Mefisto presentó ante sus ojos un pergamino donde, con caracteres góticos, estaba escrito: *"Renuncio a Dios, a los bienes celestiales y vendo mi alma, a cambio de la juventud, del poder y de los goces de este mundo."*

—¡Firma!

—¿Podré anularlo al cabo de un día?

—Podrás... ¡Firma!

Fausto tomaba su pluma; pero Mefisto presentóle una metálica con punta muy afilada, diciéndole:

—¡Con tu sangre!

Y cogiéndole con su mano izquierda su muñeca le aplicó la punta de la pluma en una vena de la que salieron unas gotas de sangre que mojaron la pluma. Mefisto se la entregó, repitiendo:

—¡Firma!

Con mano trémula, como el sentenciado a muerte, Fausto firmó con su sangre la venta de su alma a Satán.

Fausto notó una terrible sensación de estremecimiento en todo su ser. Mefisto echó una careajada que hizo temblar la lóbrega morada del sabio anciano.

—Te advierto, Fausto *mío*, que durante el día de prueba tendrás poder, el poder que tanto anhelas para socorrer a tus conciudadanos... Con esto verás—blasfemó Satán—que mi poder es superior al de Dios... Y ahora hasta que el reloj se traspase: un día.

Y le dejó el reloj de arena encima de la mesa.

Desapareció Mefisto dejando investido a Fausto de su poder infernal.

Poco después, una multitud llegó a la morada del anciano, trayendo a varios pestiferados, impetrando el favor de su ciencia a favor de aquéllos:

—¡Socórrenos, Fausto, socórrenos!—gritaban unos.

—Si curas a mi hija—suplicaba una pobre labriega—rogaré cada día por ti al Crucificado.

—No, no; te auxiliaré en nombre del diablo. Al oír estas palabras, el pueblo prorrumpió en gritos subversivos:

—No puede ver la imagen de la Santa Cruz—decían unos.

—Satán está con él—gritaban otros—. ¡apedreadle!

Y desde la calle cayeron sobre la casa del anciano una lluvia de guijarros. Fausto, des-

esperado quiso poner fin a sus días, preparó una pócima venenosa y la llevó a sus labios diciendo: —“¡Líbrame, brebaje mortal!”— Mas el vaso no llegó a ellos, pues una mano poderosa agarró su brazo y le detuvo: era Mefisto que había aparecido a su lado.

—No, aún no es tu hora, Fausto—dijo el Genio del Mal—. No está lleno el vaso del reloj de tu vida.

—Todos pueden elegir la hora de su muerte.

—¡Pobre Fausto!... ¿Por qué buscas la muerte cuando aún no has gozado de la vida?

—¡La vida!—exclamó tristemente el anciano—. La vida para mí no ha sido más que polvo de libros... ¡Oh, si volviese a la juventud...!

—¿Quieres ser joven?

—Quiero.

Mefisto le pasó la mano por el rostro y en el acto Fausto quedó convertido en un apuesto doncel.

—¡Oh!... ¡¡Oh!!—clamó Fausto al contemplarse.

—Mírate en este espejo.

—¡¡¡Oh!!!

Mefisto extendió su manto y ordenó al joven:

—Fausto, pon tu planta sobre mi manto y tendrás la tierra a tus pies que girará para que contemples sus bellezas.

Obedeció Fausto y ambos, sobre el manto infernal, volaron por los espacios contemplando los más hermosos países de la tierra.

II.—Todo esto te daré si postrándote me
adorares

—¡Qué inmenso es el mar, Mefisto!

—Ese es el Mediterráneo.

—¿Y aquella isla?

—Es la de Chipre... Ya ves, está situada cerca del Asia Menor y de Siria a la entrada del Golfo de Alejandreta... Ahora pasamos sobre esta isla...

—¡Qué ciudades más lindas!

—Son las más populosas de Chipre: Nicosia, Larnaca, Limasol y Famagusta.

—¿Y aquella más pequeña sobre la que pronto volaremos?

—Es la isla de Rodas...

—¡Qué de prisa volamos!

—Ya pasamos sobre la isla de Creta. El archipiélago que dejamos a la derecha se llaman las islas Cícladas... Ahora volamos sobre Grecia... ¿Ves Atenas?

—¡Oh!... ¡Qué vertigo, Mefisto!... Volamos como el viento.

—Esa que ves a tus pies es Patras... Ya entramos en el mar Jónico. ¿Ves a tu izquierda Sicilia?... Entramos en Italia.

—¡Oh!... ¡Italia!... ¡Maravilloso país!

—A tu derecha, Brindisi... A tu izquierda,



Sentado en una roca, y como por un efecto de magia, Mefisto hizo ver a Fausto el esplendor de las principescas fiestas.

pronto verás Nápoles.

—¡Nápolès!

—Allí te llevo... Quiero que veas a la mujer

más hermosa de Italia. Hoy celebra sus bodas la Duquesa de Parma con un príncipe real.

Y en menos que pensarlo, Mefisto y Fausto se hallaron ante el esplendor de las fiestas que en Nápoles se celebraban con motivo de las citadas bodas.

Sentado en una roca, y como por un efecto de magia, Mefisto hizo ver a Fausto las fiestas fastuosas. El diabólico mentor de éste iba dando las oportunas explicaciones:

—¿Ves aquella cabalgata de elefantes cubiertos con áureas gualdrapas?... Es la comitiva de huéspedes extranjeros que han llegado para asistir a la principesca boda.. Son príncipes orientales: todos son adoradores míos. Su dios es el oro y su anhelo, los placeres.

—¿Y la mujer esa que dices tan hermosa?

—¿La Duquesa de Parma?

—Esa, sí.

—Ahora la vas a ver. Quiero que te enamores de ella. ¿Lo oyes?... ¡Lo quiero!

—Pero...

—¡Mírala!

Y ante la vista atónita de Fausto apareció un fastuoso palacio. En un inmenso templete de un esplendoroso y fantástico jardín, se erguía un trono de oro y pedrería preciosa en cuadrado en plantas y flores.

Bajo el dosel del esplendente trono se sentaba un joven ataviado como un príncipe: era el de Módena que celebra sus bodas con la Duquesa de Parma.

Fausto quedó deslumbrado por la belleza de la novia. Jamás había visto otra mujer igual. Fausto no quitaba los ojos de aquella criatura ideal y, excitados sus apetitos sensuales por su diabólico Mentor, deseó su posesión.

—Vamos a mezclarnos entre los invitados—dijo Mefisto.

—¡Vamos!—asintió Fausto.

Y como por arte de encantamiento ambos se hallaron en el jardín del Príncipe de Módena, mezclados con los invitados a las regias bodas.

Estos se iban presentando ante el trono y un heraldó anunciaba a los personajes que iban desfilando ante los novios. Al llegar el turno a nuestros héroes, Mefisto ordenó con imperio al heraldó:

—Anuncia dos Príncipes asiáticos.

Lo hizo así aquél.

Satán murmuró al oído de su discípulo:

—Mira fijamente a la Duquesa, sonríele y si se acerca a ti, abrázala sin temor.

Al pasar nuestros dos personajes al pie del trono, Fausto cumplió cuanto Mefisto le había inspirado. Aquél, después de flectar la rodilla ante la hermosísima Duquesa, la miró con tanta fijeza que la luz de sus pupilas, llegaron hasta lo más íntimo del alma de la de Parma.

Como atraída por un imán, la Duquesa se levantó de su trono, avanzó hasta el pie de las gradas y entregó sus manos al doncel que así la miraba, quien estampó en ellas un amoroso óculo. La Duquesa se estremeció de placer y

abandonando el trono y a su novio, se entrega cuerpo y alma a Fausto.

Cuando éste va a acercarse a su boca la copa del placer, Mefisto le toca el hombro y desaparecen de sus ojos la mujer que se había adentrado en su alma y el lujo de aquel palacio, que parecía encantado.

Fausto vióse sentado en su propia casa: todo se había evaporado como un sueño. A su lado, Mefisto, dibujando en su rostro una sonrisa que al joven le pareció una mueca horrible.

—El vaso está lleno, Fausto. Terminó la prueba. Ha transcurrido el día que te había dado... Decídetelo.

—¡Déjame la juventud, Mefisto!... ¡Juventud!... ¡Juventud!

—¡Eres mío para siempre!... Pídemelo lo que quieras.

—Los goces que me has proporcionado no me han llenado el alma de satisfacción.

—¿Qué deseas?... ¿Quieres un juego de cartas, una mujer, una bacanal?... Lo que apetezcas será tuyo.

Fausto, pensativo, hacía gestos negativos con la cabeza.

—¿Quieres la corona Imperial?

—No; deseo otra cosa.

—Pídelo.

—Quiero volver a mi Patria.

—Ya estás.

Y sin pensarlo, los dos se hallaron en un pueblecito de Servia,

III.—Alleluya

Fausto quedó dulcemente impresionado al oír el carrillón de las campanas de la torre de la iglesia. Aquellos sonidos metálicos eran como voces que evocaban en su espíritu melifluas recordanzas de su infancia.

Los aldeanos y aldeanas, endomingados, se dirigían a la iglesia llevando en su diestra ramos de flores.

—¿Hay fiesta en nuestra aldea?—preguntó Fausto a una aldeana.

—¿Acaso venís de Turquía que ignoráis que es el día de Pascua de Resurrección?

—Tienes razón, buena mujer... Hoy es la Pascua.

Y la aldeana prosiguió su camino hacia el templo.

—Ya ves, Mefisto, todo está como antes: pasan las edades y, sin embargo, hoy como hace setenta años, la misma vida informa a las multitudes.

—Fausto—contestó el diabólico personaje—la vida se detuvo, al menos para ti... Mira, mira, Fausto, qué jovencita tan linda.

—¡Oh!... Es la imagen de la belleza.

En aquel momento pasaba ante Fausto la más linda muchacha de la aldea, llevando el ramo pascual, ofrenda al Dios resucitado.

Mefisto se inclinó al oído de su discípulo y murmuró muy quedamente:

—Mírala con ojos apasionados y será tuya.

La ingenua doncella dirigió una mirada furtiva al doncel quien flechó a aquélla una mirada ardiente, henchida de deseo de posesión: él sonrió; ella correspondió a la sonrisa con otra muy cándida. Pero la joven bajó la vista como arrepentida de haber mirado al doncel y echó a correr hacia el interior del templo.

—¡Síguela!—ordena Mefisto—. ¡Ya es tuya!

Fausto apresuró el paso, y descubriéndose, penetró en el templo.

En aquel momento el órgano dejó oír sus acordes y el pueblo entonó un himno litúrgico:

¡Gloria al Señor! Al Todopoderoso, Rey inmortal, alcemos nuestra voz... ¡Alleluja!

Al oír estos piadosos acentos, Mefistófeles retrocedió espantado, retorciéndose en un rictus de rabia.

El pueblo y órgano al unísono entonaban el gaudeoso *Alleluja* que hacía palpitár los corazones creyentes en santa alegría.

Terminada la religiosa ceremonia, Fausto se colocó al lado de la pila del agua bendita esperando que pasase la graciosa doncella que había hecho latir su corazón.

No tardó la joven en acercarse a la pila. Hundió su mano diestra en el agua bendita y se santiguó devotamente.

Al volverse sus ojos se cruzaron de nuevo con los del gentil mancebo; pero ella volvió a persignarse como para ahuyentar un mal pensamiento, y apresuró el paso hacia la puerta, seguida de cerca por Fausto.

Notó la ingenua cómo el desconocido mancebo la seguía y se echó a correr.

Cuando Fausto pasó al lado de su diabólico Mentor, éste le agarró por el brazo ordenándole:

—No la sigas. Es tuya.

IV.—Abriles que están pidiendo... bodas

Margarita—este es el nombre de la doncella elegida por Mefistófeles para perder a su víctima—es una flor silvestre, blanca y pura como un lirio de agua, bella como un ángel, ingenua como una virgen, educada por su buena madre en los sanos principios de la religión y del amor a los niños. Su corazón, a los diez y siete abriles, no se ha abierto aún al amor. Si bien, hoy, al entrar en el templo y mirar por primera vez a un joven hermoso y

gallardo, ha sentido palpar su corazón con un impulso de placer desconocido para ella.

Ha llegado a su casa jadeante, agitada, con el aliento entrecortado.

Margarita, instintivamente, se ha arrojado en brazos de su madre, como buscando en ellos protección contra un enemigo invisible.

—¿Qué tienes, hija mía?... Pareces agitada.

La niña iba a prorrumpir en un llanto, sin conocer la causa que lo motivaba; pero el recuerdo de aquella mirada amorosa, ha sido como un efluvio que ha llevado a su espíritu áureas de placer, ansias de vida y, en vez de llorar, ha prorrumpido en una alegre y gracil carejada que ha llenado la morada de cantos de alondra, rumor de cascada cristalina.

—¿Pero qué tienes, qué te pasa?

—Nada, madre, nada... Estoy muy triste..., digo no, muy alegre.

—¿En qué quedamos?

—Sí, sí, muy contenta.

—¿Pero qué te ha pasado?

—¡Oh!...—Margarita iba a contar a su madre la causa de sus cuitas; y bien hubiese hecho para su bien; pero el espíritu del mal le inspiró la idea de encerrar en el secreto de su alma su íntimo pensamiento.

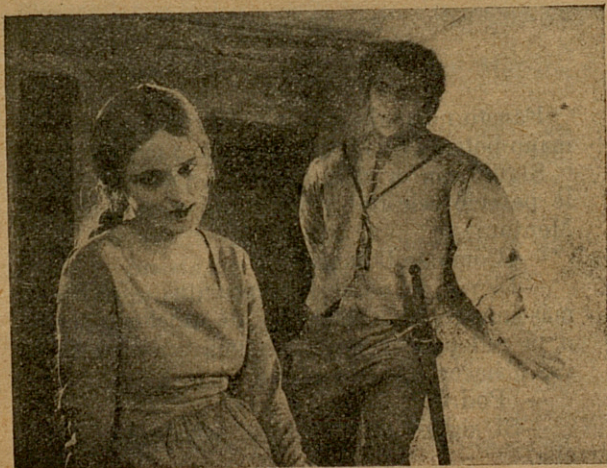
En aquel momento llegó a su casa Valentino, el hermano mayor de Margarita, ciñendo espada al cinto, y al verla tan alegre inquirió:

—¿Qué causa tanta alegría, madre?

—Pregúntaselo a Margarita...

Esta, por toda contestación, abrazó efusivamente a su hermano, quien exclamó:

—¡Ay, ay, ay!... Ya lo comprendo... Son los diez y siete abriles que están pidiendo... bodas.



...Son los diez y siete abriles que están pidiendo... bodas

Margarita hizo un mohín, poniéndose repentinamente seria.

Su hermano, al poner el dedo en la llaga, parecía descubrir algo de su secreto, y sus mejillas tomaron los hermosos colores de la manzana madurada en pleno sol.

V.—El anzuelo

Fausto no pudo seguir a Margarita, pues la mano potente de Mefisto le retuvo por el brazo.

Siguió con la vista a aquella visión que a él le pareció celestial y preguntó a su diabólico Mentor:

—¿Cómo se llamará?

—Lleva por nombre Margarita; es el tesoro más inapreciable de éste y de muchos pueblos a la redonda, y si sigues mis consejos tú te vas a hacer con este tesoro.

—¿Podré?

—Si sigues mis consejos será tuya. Escucha.

—Ya te oigo.

—Margarita es la niña más pura, el corazón más limpio, el alma más cándida que te puedes figurar. Su alma es el espejo diáfano donde Dios se mira complaciente. Es preciso empañar este espejo, robar esta alma que me ha de pertenecer como la tuya. A ti te encargo esta misión y a cambio, te ofrezco los goces supremos para tu cuerpo.

—¿Qué debo hacer para poseer este tesoro,

para empañar esta alma, para obtener estos goces?

Mefistófeles extendió el brazo y como por arte de magia, Fausto vió aparecer en la mano de aquél un cofrecito de oro.

Fausto dió un grito de asombro, abrió desmesuradamente los ojos y juntó sus manos en ademán adorador.

—¡Oh!... ¡Grande es tu poder, oh Mefisto, y no hay quien le iguale!

Satán abrió la boca desmesuradamente en una risa descompuesta y señalando con el dedo índice de su mano izquierda el áureo cofrecito dice a su discípulo:

—¿Ves este cofre?... Pues él contiene la llave de la puerta de tu dicha.

—No entiendo, Mefisto.

—Mira—y el Genio maléfico abrió el dorado cofre y extrajo de su interior una cadeni-lla de oro de la que pendía un corazón del mismo metal—. ¿Ves esta cadena?... Cuando Margarita encuentre esta cadena de oro en su casa, conocerá bien su diabólico poder.

—Y ¿cómo la va a hallar en su casa?

—Tú mismo se la pondrás en su habitación.

—¿Yo?

—Sí, ven conmigo... Y recuerda que la fortuna ayuda a los audaces y se aparta de los apocados...

—Vamos donde tú quieras; todo lo haré con tal de poseer a esa mujer tan graciosa y bonita.

Mefisto y Fausto anduvieron silenciosos por estrechas y tortuosas callejas. Al cabo de poco andar y subir por una callejuela en cuesta y en forma de S dieron en una casa de aspecto modesto como la mayoría de las del pueblo.

—Esta es—indicó Mefistófeles extendiendo el brazo diestro sin sacarlo de debajo la capa negra en que se envolvía—. ¡Esta es!

La casa era baja, de un solo piso, al nivel del suelo. Una ventana acristalada, que al estar abierta era de fácil acceso, daba al lugar donde los dos misteriosos personajes se habían parado. Mefisto, cogió del brazo a su discípulo y deslizó a su oído estas palabras, guiñándole un ojo:

—Esta es la ventana de su dormitorio... Ahora ella está con sus familiares... Entra decididamente, pon este cofre—y Mefisto sacólo de debajo de la capa y se lo entregó al joven encima de la cómoda de su cuarto—y vuelve sin que te vea...

—Pero ¿cómo sabes que en este cuarto hay una cómoda?

—Yo lo sé todo... Obedece.

Fausto se acercó a la ventana, la empujó y ésta cedió.

—¡Salta!—le ordenó el Ganio del Averno...

Y como Fausto titubeara, de nuevo y con tono más imperativo, Satán volvió a insistir:

—¡¡Salta!!

Obedeció el doncel. Al lado mismo de la ventana había una cómoda, encima de la cual

depositó el precioso cofre conteniendo la infernal cadena, cebo para arrancar una alma inocente a Dios y perderla hundiéndola en el pecado.

Préstamente, y casi sin darse cuenta del contenido de la habitación, Fausto volvió a saltar a la calle.

—¡Ya está!—dijo, mientras su corazón palpitaba con fuerza—. ¡Ya está!

—Vamos... Ya has sembrado... pronto vas a recoger.

VI.—Nigromancia camelística

Hay en el pueblo una mujer tan lista como ladina, explotadora de la superstición que aquellas gentes sencillas tienen arraigada en su espíritu.

Llámase la nigromanta, Marta; pero todos en el pueblo la denominan con campechana familiaridad, la tía Marta.

Era ésta una mujer de unos cincuenta años; regordeta, y no alta, de talla mediana; de facciones correctas; de ojos pequeños, vivos, maliciosos, saltarines, y carácter risueño, alegre. Su porte más bien era atractivo que repulsivo, y en vez de vanagloriarse y hacer alardes

de poseer (al decir de las gentes y al asegurar de ella) el don adivinatorio, manifestaba con gran modestia que ese don le venía de lo alto, que era un don gratuito de Dios y así, su fingida humildad le captaba el cariño y simpatía de sus conciudadanos que creían en su ciencia adivinatoria a pies justillos. Digamos, sin embargo, que aquella ciencia era pura farsa.

A diferencia de las clásicas y camelísticas adivinas de nuestros tiempos que aparecen ante el consultante o cliente rodeadas de un aparato misterioso, en cuartos tapizados de negro, teniendo sobre una mesa enlutada e iluminada con dos cirios amarillos una calavera, un juego de cartas, un cubilete con unos dados y una varita mágica, la tía Marta recibía a sus clientes a toda luz, sin aparato de ninguna clase, con la amable campechanez en ella característica y con gran amabilidad. Todos sus remedios y elixires de vida y de felicidad tenían el mismo origen, pues salían del pozo, con un aditamento de azúcar o de hierba inofensiva que conservaba en botellas con diversos títulos como éste: "*Para olvidar*"; "*Para amar*"; "*Contra las penas de amores*", etc., etc...

Todo el pueblo acudía a la tía Marta con una fe ciega; todos estaban convencidos de que la nigromántica y adivina estaba inspirada por Dios. No había un solo compatriota de la tía Marta que no asegurase, como si fuese artículo de fe: "*Todo lo acierta, es una santa*".

Las jóvenes pubertas que sentían los primeros camezones del amor; los mozos casaderos que sentían los primeros ardores de un sentimiento amoroso al saberse mirados por una niña hermosa; los amantes desdeñados, que pasaban noches de insomnio; los que dudaban de la veracidad de un amor prometido; quienes querían conocer el oróscopo de su vida futura; cuantos deseaban indagar el porvenir: todos, todos, acudían solícitos, llenos de fe a casa de la tía Marta. Y todos, ¡caso raro!, salían siempre contentos, estafados y engañados, convencidos de que cuanto les había dicho aquella era tan cierto como los Santos Evangelios.

Ninguno de los consultantes dejaba de practicar religiosamente cuanto la tía Marta le había ordenado: a los unos una cucharadita en ayunas de un brebaje especial, que era, como todos sus preparados, agua límpida del pozo enturbiada con la maceración de algunas plantas o hierbas inofensivas.

VII.—El presente

Margarita había ido a su cuarto-dormitorio y se apercibió en seguida de que habían depositado sobre su cómoda un cofrecito de oro... Al verlo retrocedió, levantando los brazos en alto y con los ojos abiertos con una mezcla de temor, extrañeza, alegría y anhelo.

Todos estos sentimientos los vemos retratados en estos pensamientos que Margarita exteriorizó monologuando:

De temor: "¡Oh, un cofre!... ¡Alguien ha penetrado en mi habitación...!"

De extrañeza: "¿Quién se habrá atrevido...?"

De alegría: "¡Oh, es un cofre de oro!... ¡Qué precioso!"

De anhelo: "¡Si será el hermoso mancebo de la iglesia!... ¡¡Ay!!"—y su pecho lanzó un suspiro de deseo.

Todos estos pensamientos se apoderaron de su mente; todos estos sentimientos inundaron su corazón. Sonriente, se acercó a la cómoda y tomando en sus manos el precioso cofrecito, lo apretó contra su pecho.

Al ver una llavécita de oro en la minúscula cerradura, abrió con ella el cofre y lanzó una exclamación de asombro:

—¡¡Oh!!... ¡Un collar!... ¡Qué precioso!

Volvió a dejar el cofrecito sobre la cómoda y de su interior extrajo el collar de oro del que pendía un corazón del mismo metal.

Henchida de gozo, se aplicó el precioso collar sobre el pecho, pensando júbilosa:

—¡Qué bien estaré con él!

Volvió a meter el collar dentro del cofrecito, lo tomó bajo su brazo y quedó un momento pensativa: "¡Si lo dijese a madre...! No, no; que quizá me reñiría... Voy a consultarlo con la tía Marta".

Dijo Margarita y agarrando fuertemente el cofrecito que apretaba contra su pecho corrió hasta la casa de la tía Marta...

Hizo la niña irrupción en la habitación de la adivina gritando alegremente:

—¡Tía Marta, tía Marta!

—¿Qué te pasa, hija mía, qué te sucede?

—Mire, mire lo que en mi cómoda hallé.

Y al decir esto la joven abrió el cofre y sacó el collar.

—¡Oh!—clamó la tía Marta, juntando las manos, elevándolas hasta tocar su nariz con las puntas de los dedos y abriendo desmesuradamente los ojos en una actitud de beatífica admiración—: ¡¡Oh!!... ¡Y es de oro!... ¡Qué precioso!... ¿Y quién te lo ha regalado?

—Si no lo sé... ¿No le he dicho que he halla-

do este cofrecito encima de la cómoda de mi habitación?... Vengo para que usted me diga quién lo ha depositado allí.

—¡Ah, hija mía!... Hay un hombre que te



—¡Oh!—clamó la tía Marta, juntando las manos y elevándolas hasta tocar su nariz con los dedos.

ama y es rico y poderoso... ¿Conoces tú a ese hombre?

—¿Yo?... No, tía Marta... ¿Quién me va a querer a mí?

Al pronunciar estas palabras, Margarita recordó al hermoso doncel que, al entrar en el templo, había turbado su espíritu...

—Sí, sí, Margarita, hay un hombre que te ama, que suspira por ti...

—Eso es lo que deseo saber; ¿quién es ese hombre?

Marta se reconcentró, cerró los ojos y cambiando de fisonomía, con aire de seriedad, dijo:

—Es un doncel venido de lejanas tierras para buscar tu amor... Un príncipe...

—¡Oh!... ¡Un príncipe!

—Ese es su primer presente.

—Pero...

—Nada temas., ¿No has leído que a veces príncipes de regia estirpe han venido de lejanas tierras para casarse con pastoreitas inocentes... Ese collar precioso es el primer don de ese príncipe que te ama. Te ama... ¿Ves ese corazón?... Eso quiere decir que te ama.

—¿Entonces os parece, tía Marta, que debo aceptar este presente?

—¿Qué duda cabe?... Póntelo y serás feliz. Es un bendito talismán.

Salió Margarita de casa de la tía Marta más contenta que unas pascuas. Llegó a la suya, y sin hablar a su madre, guardó el cofrecito y se colgó al cuello el collar del que pendía un corazón que escondió en su pecho.

Aquella noche, Margarita soñó en el príncipe encantador que había venido a conquistar su amor. Se le presentó la figura de Fausto tal como le había visto en la puerta del templo.

VIII.—Una princesa encantada

Era una mañana deliciosa del segundo día de Pascua de Resurrección.

Margarita, había salido a la campiña en compañía de una caterva de chiquillos con los que solía jugar los días de fiesta.

La campiña, exuberante de vida, convidaba a la alegría.

El campo estaba esmaltado de florecillas silvestres.

Los pequeños rodeaban amorosos a Margarita a la que consideraban como a la hermana mayor.

—Margarita—preguntó una de las niñas—, ¿a qué vamos a jugar hoy?

—A lo que queráis... Decid vosotros.

—¡A conejos y cazadores!—propuso un pequeño.

—No, no—contestó una niña—; a colegios.

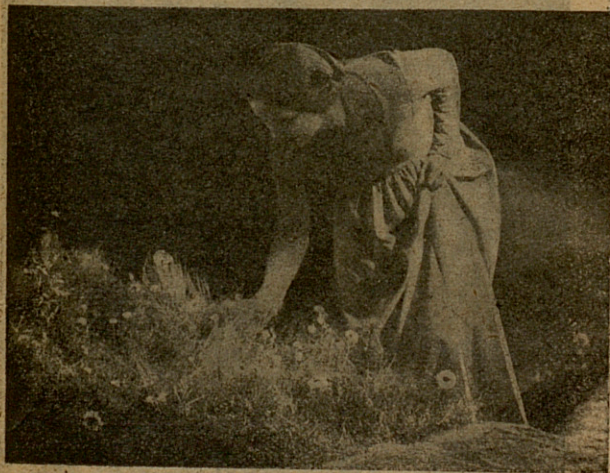
—No—propuso otra—, hoy vamos a jugar a la princesa encantada que se casa con quien la desencanta.

—Sí, sí—asintieron todos...

—Vamos a hacer las coronas—ordenó Margarita—. Primero cogemos las flores.

Todos los niños se levantaron y se dispersaron en busca de flores con las que se debían formar las coronas.

Margarita, siempre con el pensamiento fijo



Margarita, con el pensamiento fijo en su príncipe encantador, fué en busca de florecillas campestres...

en su príncipe encantador, llenó su falda de las flores de su nombre.

Un momento más tarde, los niños rodeaban a la hermosa doncella sentados en el césped bajo unos almendros floridos.

Allí, Margarita formó con las florecillas

Margarita entreligió con las florecillas campestres coronas que iba poniendo en las cabezas de sus compañeritas...



campestres coronas que fué poniendo sobre las cabezas de los niños y niñas.

—Formemos redonda—ordenó Margarita—, soy la princesa encantada.

Todos, cogidos de las manos, formaron un corro y dando vueltas alrededor de la princesa encantada que permanecía en medio del corro, cantaban:

*Una princesa encantada
está sola en un castillo.*

¡Ay, sí!

está sola en un castillo.

—¿Cómo la desencantaremos?

—Con un beso en un carrillo.

¡Ay, sí!

Con un beso en un carrillo.

Dejemos por un momento los juegos infantiles de Margarita y sus compañeritos y volvamos a Fausto y a su Mentor.

—Ven conmigo, Fausto—le había dicho Mefistófeles—, y conduciré tus pasos hacia tu ventura.

Sin decir más y dejándose guiar por su infernal amigo y protector, ambos se dirigieron a las afueras del pueblo.

En la deliciosa falda de un montículo festoneado de margaritas silvestres y todo cubierto de almendros floridos, unos niños juegan al corro. Margarita, haciendo competencia a las flores campestres, y más hermosa que todas ellas, está de pie en medio del corro sonriente.

—¿La ves?—preguntó Mefisto a su discípulo dirigiendo su brazo dentro hacia el corro.

—¡Es ella!—exclamó Fausto en un transporte de felicidad—. ¡Margarita!

—Oye la canción, Fausto... *Con un beso en un carrillo*. Vete y desencántala.

Fausto echó a correr hacia el grupo.

Margarita, al verle, le dió un salto el corazón y se puso colorada como la grana.

Fausto se paró al llegar al corro cuando los niños acababan de cantar el último verso y dijo:

—Yo también juego.

—Entonces tú serás el príncipe que desencantas a la princesa encantada—dijo la más pequeña de las niñas.

Y el mayor de los muchachos añadió:

—Cuando nosotros digamos: *Uno, dos, tres, un beso la libraré*, Margarita echará a correr y se esconderá y cuando ella grite: “¡Ahora!”, todos correremos a buscarla y el primero que la bese, ese se casará con la princesa. ¿Comprendes?

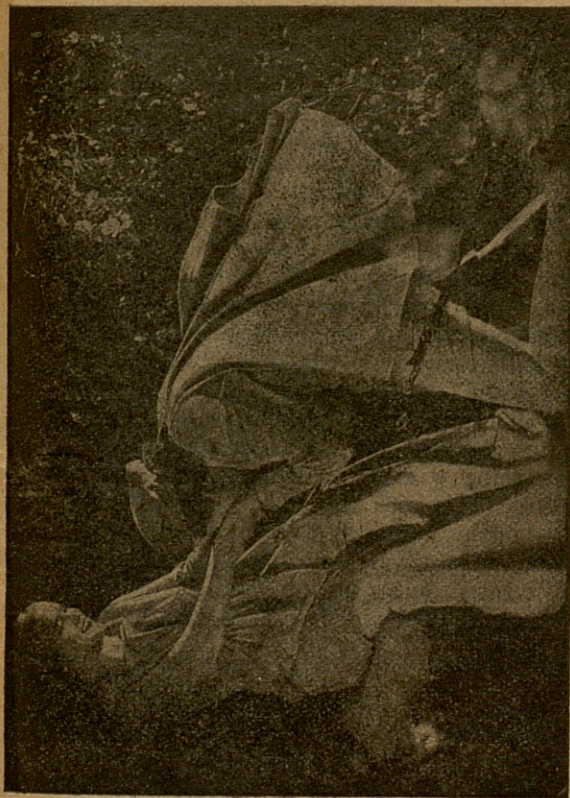
Y mientras el muchacho daba estas explicaciones, Margarita reía complacida.

—Sí, ya comprendo—asintió Fausto.

Todos los chicos a una gritaron:

—¡Una, dos, tres, un beso la libraré!

Los niños soltaron las manos y Margarita echó a correr, mientras los pequeños gritaban: ¡Escóndete, escóndete, Margarita!



...cayó arrojado a sus pies, le tomó ambas manos y se las besó apasionadamente, mientras ella se estremecía de placer sonriendo de satisfacción—

Fausto vió dónde la princesa encantada se había escondido. Por eso cuando aquélla gritó: "¡Ahora!", el joven fué derecho hacia ella.

Estaba sentada en una piedra escondida tras un macizo de rosales silvestres.

Fausto llegó hasta ella, cayó arrodillado a sus pies, le tomó ambas manos y se las besó apasionadamente, mientras ella se estremecía de placer sonriendo de satisfacción.

—¡Te amo, te amo, Margarita!!—exclamó Fausto en un transporte de pasión.

Margarita respiraba fatigosamente, encendida como la grana. El joven quiso abrazarla; mas ella se levantó y echó a correr perseguida por Fausto.

—¡Que se casen!... ¡Que se casen!—gritaban los compañeritos de Margarita, rodeando al príncipe y a la princesa desencantada. Y dándose las manos formaron corro alrededor de los novios cantando la rondalla del príncipe que se casa con la princesa desencantada.

Y terminaron los infantiles ofreciendo un ramo de flores al novio y una corona a la novia.

IX.—La caída

¡Qué día pasó Margarita!... Estaba desconocida.

Por momentos una alegría inundaba su alma en un sentimiento desconocido, en un anhelo indescifrable; pero, de pronto, aquel sentimiento de felicidad se convertía en una incertidumbre que le producía un desasosiego inexplicable.

Su madre quiso conocer la causa de sus euitas; mas ella se encerró en un mutismo absoluto.

Al caer de la tarde se encerró en su dormitorio y cogiendo en su mano una margarita, la iba deshojando. Al arrancar cada hoja iba diciendo: "*Me ama... no me ama*"...

La última hoja correspondió al "*no me ama*" y Margarita dejó caer los brazos en ademán de abatimiento y se sentó pensativa en el borde de su cama.

La luna rielaba en el firmamento en una noche apacible.

Mefisto y Fausto, el primero llevando del brazo al joven, subían por la calleja a cuyo

final se hallaba la casita de Margarita. Mefisto sonriendo diabólicamente, se inclinaba sobre el oído de Fausto, quien iba pensativo. De vez en cuando se paraban y entonces el mancebo miraba fijamente a su Mentor como dudando de las palabras que deslizaba a su oído.

—Será tuya, Fausto, no lo dudes. Mejor dicho, Margarita es ya tuya. Te ha entregado el alma, sólo falta que tú poseas su cuerpo y deshojes el lirio de su virginidad. Te espera; no lo dudes, te espera impaciente.

—¿No se espantará; no gritará?

—Nada temas... Te espera; te desea... Ahora ya has sembrado en su corazón tal anhelo, que suspira por verte, por poseerte.

—Mi cuerpo tiembla; mi corazón palpita con fuerza tal que parece quererme saltar del pecho; mi cabeza parece un hervidero de deseos; un ardor siento en mi pecho que me quema las entrañas...

—Es el anhelo carnal que mi espíritu aviva en tu ser, Fausto, es una llama infernal que lo envuelve... Ves, Fausto, esta es la casa. Tras esa ventana te aguarda Margarita, la flor más lozana que embriagará tus sentidos en dicha inefable. Empuja esa ventana, salta a esa habitación y deshoja esa Margarita en una noche inefable de dichas y venturas.

—Te obedezco, Mefisto, mejor dicho, seguiré el impulso de este fuego que siento en mi pecho.

Fausto avanzó hasta el ventano del dormito-

rio de Margarita, mientras Mefistófeles, sonriente, con sonrisa infernal, reculaba arrimado a la pared extendiendo su brazo hacia el joven como si quisiese infundir en su ser un espíritu maléfico.

Fausto empujó suavemente los batientes de la ventana, cuya falleba no estaba echada.

Cuando Margarita había entrado en su dormitorio hacía ya una hora, al cerrar los batientes de su ventana, no echó la falleba por un descuido, descuido influido por inspiración del propio infernal Mefisto.

Fausto, decimos, empujó las alas de la ventana que se abrieron suavemente: los mismos goznes de la ventana se habían vuelto silenciosos, haciéndose los cómplices del infernal complot tramado para perder a la más inocente y angelical criatura: si la ventana al abrirse hubiese chirriado sobre sus goznes es seguro que Margarita, espantada, se hubiese precipitado fuera de su dormitorio y arrojándose en brazos de su madre.

Se abrió la ventana silenciosamente y los ojos de Fausto abarcaron todos los ámbitos de la estancia merced a un candel, cuya luz tenue, temblona, ahuyentaba las tinieblas de la estancia limpia, aseada, ordenada, como el alma de su dueña. Sentada en el borde de la cama, Margarita tenía en su mano izquierda el tallo de la flor de su nombre y en su derecha, la última hoja arrancada de la margarita... Sus ojos clavados en el suelo, en actitud

de tristeza, indicaban bien a las claras que en su corazón de virgen se le había clavado el "*No me ama*" como un dardo emponzoñado que le torturaba el espíritu.

El albo pabellón que pendido del techo tendíase alrededor del lecho, como brazos de una virginal divinidad protegiendo la pureza de la doncella que en el blanco lecho se sentaba; caía a ambos lados de la joven, formando como una capilla en cuyo centro veía Fausto la más hermosa de las imágenes, la imagen de sus anhelos: y se descubrió respetuoso.

Saltó Fausto por la ventana que cerró tras sí.

Al hollar su pie el santuario de su amor, se hallaba, se estremeció y su espíritu se horrorizó arrepentido de la iniquidad inspirada por su infernal mentor.

Ya iba a retroceder; mas Margarita aperebió al mancebo y una sensación de placer, como un fluído misterioso recorrió su ser.

Instintivamente se puso en pie; sus pupilas se abrieron desmesuradamente, iluminadas por los destellos de una sonrisa; sus brazos se abrieron hacia la aparición que a ella le pareció divina, sobrenatural, y empezó a andar hacia Fausto que permanecía clavado en el mismo sitio, sin atreverse a avanzar: la visión celestial llegaba hasta él con los brazos abiertos. Sin embargo, Margarita se paró en medio de la habitación. Entonces Fausto fué hacia ella, reposado, con calma, como el que se propone aga-

rrar una tímida paloma y teme que sus movimientos bruscos la espanten.

—¡¡Margarita!!—pronunció el mancebo más con el alma que con los labios—. ¡¡Margarita!!

—¡Oh!... ¿Quién eres doncel, que tales anhelos has sabido despertar en mi alma?... ¿Quién eres?

—Me llamo Fausto y te amo.

—¡Me amas!... ¡Dulce palabra que llena mi alma de dulce ambrosía!... ¡Dulce palabra!

Fausto tomó entre sus manos las nacaradas de la doncella, que temblaban de un placer desconocido.

—¡Me amas!—volvió a balbucear Margarita.

—¡Sí, con toda mi alma!... Desde el primer instante que mis ojos te vieron, tu figura peregrina se adentró en mi alma y me llenó de placer.

—Fué el día de Pascua, al entrar en el templo, cuando por primera vez te presentaste ante mi vista, y entonces, ya sentí una sensación en mi ser que no pude explicar, sensación que aumentó al hallar tu obsequio en esa arquilla, sí, porque no hay duda que tú lo depositaste en mi habitación... ¡Fausto!

—¡Margarita!

El doncel abrazó por el corpiño a la joven y la atrajo hacia sí. Ella se miró en las pupilas ardientes de su amado y poco a poco, como dos imanes de atracción poderosa fueron acer-

cando sus rostros; sus ojos se cerraron; sus labios se juntaron, soldándose sus bocas en un beso inconcuso con el que parecían querer sorber el alma.

Quedaron así fundidos en un arrocamiento extático durante varios minutos.

Cuando volvieron en sí, embriagados de amor, éste les impelió bajo el pabellón, que cayó abrazando el lecho... Cuando el candil se apagó faltó de aceite y las tinieblas invadieron la estancia, otras tinieblas más negras se habían posesionado del alma de aquella Margarita cuya virginal corola el espíritu maligno había empozoñado con su hálito infernal: aquel lirio había sido marchitado en la flor de su juventud.

Hasta las albas cortinas del pabellón parecían haber cambiado de color, asemejándose a negros crespones extendidos sobre el lecho del pecado, como un manto funeral por la muerte de la inocencia de Margarita.

X.— Sangrienta venganza

Como un canto funeral, las campanas de un monasterio cercano tocaban a maitines.

Y no lejos de este monasterio, en una calleja apartada, estrecha y tortuosa, a estas altas ho-

ras de la noche que son las iniciales de la mañana, oyese un rumor de voces hombrunas y un remover de dados al caer sobre una mesa.

En el frontis de la casa donde aún parecen velar los trasnochadores, se ve colgado un inmenso ramo de laurel, junto a un jarro también colgado: es un "estaminet" o taberna.

Apenas las lenguas de metal han cesado de anunciar los maitines, cuyo rumor, como un canto funeral, desde la calleja cercana al convento se oye, un personaje embozado en negra capa atraviesa la tortuosa calle y se para frente a la puerta vidriada del "estaminet". Reconozcámosle a los fulgores tenues de la pálida luz filtrándose a través de las grasientas vidrieras: es Mefisto.

Sin desembozarse penetra en el establecimiento y encaramándose a un inmenso tonel que de los bebedores le separaba vió sentados alrededor de un barril derecho, que les servía de mesa, a tres jóvenes, al parecer soldados, pues ciñen espada, que libaban sendos vasos de vino de Corinto, mientras jugaban a los dados.

Al lado de los tres tahures hállase de pie un hombre grueso en extremo que parece contemplar a los bebedores.

—Buenas noches, señores—saludó Mefisto con faz sonriente.

—Buenas, amigo—contestaron los presentes.

—Con que... tirando de la oreja a Jorge.

—Y adorando a Baco—adelantó uno.

—¡Qué hacer!—contestó otro.

—¿Quieres acompañarnos?—ofreció un tercero.

—Gustoso, amigos.

—Es fino Corinto—manifestó el tabernero llenando un vaso, que luego ofreció a Mefisto.

—Y néctar de Diones—dijo un soldado—que engendra soldados.

—Y quita las penas e infunde valor—añadió otro.

—Y enardece el alma para el amor.

—Ja... ja... ja...—una ronca carcajada, como un desgarrar de entrañas, salió de la garganta de Mefisto, quien, con el vaso lleno en su diestra, y levantándolo en alto asintió—. Tienes razón, Valentino—el tal era el hermano de Margarita—, este jugo de Baco enardece los pechos juveniles para conquistar a las mujeres jóvenes y bonitas.

—¡Bien has hablado, caballero desconocido!...—dijo Valentino levantándose y elevando su vaso—. ¡Brindo por las mujeres bonitas!

—¡Bebamos por las mujeres bonitas!—brindaron a una los otros dos soldados.

—¿Queréis que os halle un consonante de mujer *bonita*?—les preguntó Mefisto.

—Dilo—contestó Valentino.

—¡Margarita!... Ja... ja... ja...

—Ja... ja... ja...—prorrumpieron los compañeros de Valentino.

Este, al contrario, púsose serio y ordenó imperativo;



—¡A la salud de tu hermana Margarita!

—No te chancées, forastero, con ese nombre. Margarita es mi hermana y su nombre está por encima de todas tus cuchufletas.

—¡A la salud de tu hermana Margarita, la más hermosa mujer...!

—¡Te digo...!—gruñó Valentino amenazador.

Mas Mefisto interrumpió tranquilo:

—En hermosa ninguna iguala a tu hermana; pero como ninguna hermosa es discreta...

—¡Maldito entrometido!—rugió Valentino.

—Tu hermana es tan indiscreta como hermosa.

—¡¡Rufián!!—gritó Valentino exaltado echando mano de la espada.

—¡No lo quieres creer?... Pues corre a su dormitorio antes de que su amante abandone su compañía. Ja... ja... ja...

Al oír estas últimas palabras, Mefisto saltó a tierra, pues se hallaba encima de un gran taburete, y asomándose por sobre de un tonel. Valentino corrió a la calle y dirigió precipitadamente sus pasos hacia su morada.

Empezaba a alborear cuando Valentino, al hallarse como a un tiro de piedra de su casa, vió saltar a la calle, por la ventana del dormitorio de su hermana, a un joven caballero que huía calle arriba. Le siguió, espada en mano, rugiendo de cólera.

Al llegar a la plazoleta formada ante la iglesia, se vieron frente a frente.

—¡¡Miserable!!—rugió Valentino arremetiendo contra Fausto.

—¡Defiéndete, Fausto!—ordenó a su espalda una voz de bajo profundo.

Era Mefisto que se hallaba detrás de Fausto. Este desenvainó su espada y se puso en guardia.

Valentino, con la furia y el valor que la ofensa inferida al honor de su familia le prestaba, arremetió con el ofensor, entrando a fondo para atravesarle; pero Fausto tereió su espada y apartó el golpe.

Valentino contempló un medallón con la efigie de su hermana que pendía de su pecho y lo besó musitando: "¡Por tu honor, Margarita!"

Cruzáronse los aceros en un molinete rapidísimo, pugnando Valentino por llegar a su contrincante que se ponía constantemente a la defensiva. Ambos daban saltos hacia delante y patra atrás, como danzarines de un culto drúidico, no oyéndose más que el choque metálico de ambos aceros, el zapatear sobre los guijarros del pavimento y el respirar de sus pechos agitados.

Proseguía la lucha tenaz, empeñada: Valentino, con las pupilas en ascuas chispeantes de rabia y de venganza; Fausto con los ojos dilatados por el terror y espanto, quizá aumentados por el remordimiento. Proseguía la lucha.

Tranquilo, sonriente, Mefisto, con los brazos

cruzados, era el único testigo de aquel duelo empeñado.

Como animales feroces que se siguen, se persiguen y se acosan, ambos luchadores no cejaban en su empeño, el uno de entrar a fondo, Fausto de parar los golpes, defendiendo su pecho.

—¡Tírale a fondo!—deslizó Mefisto al oído de Fausto.

Hasta entonces, el joven comprendía que era un crimen atentar contra la vida de aquel muchacho que, al fin y a la postre, defendía su honor y el de su familia, ultrajado en la persona de su hermana. Su remordimiento y el deje amargo que siempre se apodera del alma después de una mala acción, le impedían añadir otro crimen a su villanía. Pero las palabras del infernal Mefisto penetraron en su alma pecadora cual dardo emponzoñado, envenenando los buenos sentimientos inspirados por un sano remordimiento. La cólera y la venganza entraron en su corazón y obedeció a la satánica inspiración.

Entró a fondo con la espada en ristre y atravesó el pecho del desgraciado Valentino que cayó sin sentido en el suelo.

Fausto dió un grito de terror:

—¡Oh!!

—¡Huyamos, Fausto!—ordenó Mefisto agarrándole por el brazo—. ¡Huyamos!

Y desaparecieron.

XI.—La maldición

El sol diáfano, sonrisa del día, empezaba a iluminar la elevada torre de la vetusta iglesia campesina, cuando de lo más alto del campanario, la voz de metal llamaba a los fieles al incruento sacrificio del altar santo.

Los devotos campesinos salían presurosos de sus hogares en dirección al templo.

A poco un grito ahogado partía de cuantos acudían a la iglesia:

—¡Un muerto!... ¡Auxilio!... ¡Un asesinato!

Un corro de espantados curiosos se formó en torno del cuerpo del desventurado Valentino a quien todos reconocieron.

—¡Es Valentino!... ¡Pobre Valentino!

Un joven se arrodilló a sus pies y colocando su diestra sobre el corazón del infortunado Valentino, exclamó:

—¡Vive!... ¡Avisad a su familia!

El corro de curiosos iba engrosando por momentos haciendo mil diversos comentarios.

Unos, manifestando deseos de venganza, pedían:

—¡Pronto, pronto!... ¡Busquemos al asesino!... Este crimen pide venganza.

Un silencio sepulcral se hizo entre la multitud y un murmullo como las olas del mar besando la arena se produjo:

—¡Margarita!... ¡Margarita!

La multitud abrió paso para que la joven se acercase a su hermano.

Margarita llegaba presurosa, alocada, con la cabellera en desorden, pálida, los ojos descajados, los cuencos violáceos, casi cárdenos.

—¡Cielo santo!—clamó Margarita al contemplar a su hermano en un charco de sangre—. ¡Qué desgracia!... ¡¡Valentino!!

Y cayó de rodillas acongojada gritando:

—¡Valentino, hermano mío!

El herido abrió los ojos. Al ver a su hermana a su lado, reaccionando, recobró ánimos y enfurecido la rechazó empujándola con el brazo y apartando su vista de ella. Reconcentrando todas sus fuerzas, con voz entrecortada, cavernosa, voz de sepulcro, pero clara y enérgica, la rechazó:

—¡Vete, hermana!... ¡Vete!

Margarita se levantó horrorizada y se llevó las manos a la cabeza. Valentino prosiguió:

—¡No te acerques...! ¡Tu amante... me ha dado... la muerte!... ¡Vete!... ¡Te... maldigo!!

Dijo Valentino y quedó exánime: estaba muerto.

Margarita lanzó un grito y cayó desmayada en brazos de algunas mujeres compasivas que la recogieron en sus brazos, mientras otras, las más, y muchos de los presentes, murmura-

ban por lo bajo de Margarita en un tono muy despectivo y adverso a la joven:

—¿Has oído?... Le mató el amante de su hermana. ¡Pobre Valentino!

—Hay quien vió a su amante saltar por la ventana de su cuarto.

—¡Horror!... ¡Que la apedreen!

—¡Impúdica!

—¡Falsa!

—¡Fratricida!

XII.—Campanas funerales

El templo está llenísimo de fieles: todo el pueblo ha querido rendir el último tributo a Valentino y a su madre fallecida, más por el dolor que le causara la pérdida de la inocencia de Margarita que por la material de Valentino.

En el centro del templo se ven los dos féretros conteniendo los restos mortales de la madre y del hijo.

Un silencio sepulcral reina en el sagrado recinto, pues, a pesar de estar cuajado de fieles, no se oye más que el chisporrotear de los cirios, el barbotear quedo de alguna vieja, y la congoja apagada, silenciosa—como un mur-

mullo lejano de hojas secas movidas por un céfiro blando—, de muchos de los asistentes.

Fuera del templo, rodeada de abrumadora soledad, Margarita, la pecadora, apoya su cabeza en la fría pared que riega con sus lágrimas ardorosas: lágrimas de pena, de arrepentimiento, de desesperación.

De pronto la voz del órgano llega acariciante a su oído, como un consuelo. Mas, de pronto, se estremece horrorizada de su pecado: la voz del juez supremo parece llegar hasta ella tremenda, amenazadora: el coro entona:

Dies iræ, dies iræ...

“¡Oh! ¡Ya llegó el día de la ira del juez supremo.”

Rex tremende majestatis...

“El Rey de tremenda majestad bajará a juzgarme... ¡La tierra temblará!... ¡En el Universo retumbarán las trompetas del Juicio Final!... ¡Los muertos resucitarán!... ¡Cuando el Juez levante la diestra nada se le ocultará!”

Calló el órgano, se apagaron las voces del coro y hasta los oídos de la desventurada Margarita llegó el argentino sonido de una campanilla.

Instintivamente cayó arrodillada sobre la tierra fría y su corazón, más que sus labios, gimió:

—¡Perdón!!

Cuando después de los funerales, el pueblo todo, formando el fúnebre cortejo, conduce los cadáveres de Valentino y de su madre, víctima del extravío de Margarita, al camposanto, la pecadora, sola, abandonada, desechada de todos, cabizbaja, se aleja huyendo de sí misma, con el alma hecha pedazos.

XIII.—¡Madre!

El crudo invierno ha tendido sobre la tierra un manto de armiño: los copos de nieve revoloteando caprichosamente, van poco a poco aumentando la espesura de aquel manto que cambia el aspecto de la naturaleza.

Por un camino completamente nevado, una mujer camina penosamente apretando en su regazo al fruto de sus entrañas.

Sola con su hijito recién nacido, abandonada, sin pan, sin casa, sin amores, llega la pobre mujer a la entrada de un pueblo donde solicita la caridad de un poco de calor para su hijito.

—¡Es Margarita, la mujer culpable!... ¡Echadla, arrojadla!

¡Oh, humanidad!... ¡Hiena execrable!... ¡Dios perdona: tú, no!

Y Margarita reanuda su éxodo penoso, su cruento martirio, apretando contra su pecho exhausto, agotado, al tiernísimo e inocente fruto del pecado que se le muere de frío y de hambre.

La pobre madre ya no puede más y cae de inanición. Su hijo se le muere de frío y se aprieta contra su pecho; pero su pecho está helado...

—¡Horror!... ¡Muerto!! ¡Mi hijo muerto!!

Desmayada, cae sobre la nieve abrazada al cadáver de su hijo... ¡Pobre Margarita!

Mefisto empeña su infernal poder para excitar a las turbas contra la madre mártir. El instinto perverso, animal de las multitudes se enardece contra Margarita a quien cree criminal:

—¡Horror!... ¡Ahogó al fruto de sus entrañas!... ¡Detenedla!—así gritan.

Los esbirros se apoderaron de ella y la pobre desgraciada, víctima de Mefisto, fué condenada a la hoguera por infanticida.

¡Qué triste, qué terriblemente conmovedor espectáculo el de un pueblo sediento de sangre, siguiendo al suplicio a una víctima de las pasiones humanas!

Cual fiera sanguinaria, el pueblo da gritos de muerte contra Margarita, que, a empujones es conducida al lugar de la ejecución.

XIV.—¡Amor!

Fausto no ha podido olvidar y sabiendo la desgracia que pesa sobre su víctima, pide a Mefisto con desespero:

—¡Sálvala, sálvala, Mefisto!... ¡Interpón tu poder! ¡Sálvala!

—¡Demasiado tarde!—contesta el miserable con infernal sonrisa...—. Tú y ella me pertenecéis, vuestro pecado os hace míos, dentro de poco ella caerá en los infiernos; en cuanto a ti, bien sabes que me perteneces.

—¡Traidor! — clama Fausto —. ¡Espíritu malvado!... ¡Me has mentido una falsa felicidad!... ¡Perro!... ¡Monstruo execrable!... ¡Eres mi criado: llévame a ella!

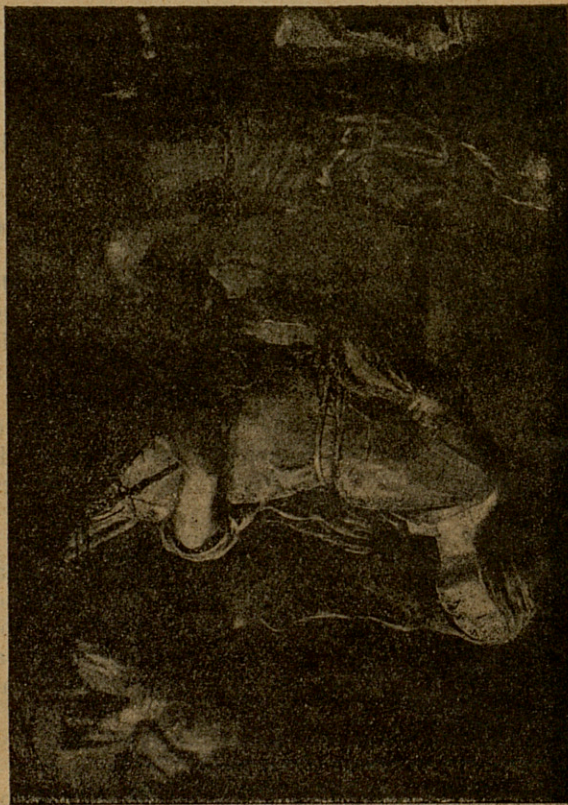
—Te llevaré; pero así sufrirás aún más.

Fausto obliga a Mefisto a transportarle a la prisión de Margarita; pero llegan demasiado tarde: Margarita ha sido sacada de su calabozo y es conducida al lugar de la ejecución, a la plaza pública donde se ha levantado la infamante pira.

Llegan ambos al camino que recorre la víctima, dirigiéndose al suplicio.

Cuando Fausto ve a Margarita sufriendo, maldice su propia juventud: “¡Oh!... ¡Maldita sea mi juventud!... ¡Nunca debiera haberla deseado!... ¡Maldita sea!”

...y es empujada por los esbirros hasta la pira en donde es atada a un poste



—¿Maldeciste de ella?—díjole Mefisto con voz cavernosa—. ¡Cúmplase, pues, tu deseo!... ¡Vuelve a tu ser; así estarás más cerca de tu eternidad en mi infernal compañía!

Y en el acto Fausto es transformado en un viejo, con su lengua y nivea barba y su calva y espaciosa frente.

En este momento Margarita, que se dirige hacia la estacada, se cruza con Fausto, quien le pide perdón: “¡Perdona mi ofensa!”.

Margarita mira al viejo sin reconocerle y es empujada por sus esbirros hasta la pira en donde es atada a un poste. Ante ella, los esbirros y un pueblo que pide su sangre: ¡Sólo el divino Crucificado cuya efigie levante ante ella un clérigo, le ofrece paz y consuelo!

Fausto, anciano, se abre camino por entre la muchedumbre y logra, al fin, llegar junto a Margarita en el momento en que las llamas empiezan a envolverla.

El anciano levanta su vista hacia la mártir y la llama:

—¡Margarita!... ¡Amor mío!... ¡Vida mía!... ¡Margarita!

Durante unos instantes, Margarita se mira en sus ojos. Repentinamente ella reconoce en su voz a su amado, y resbalan por sus mejillas como perlas, lágrimas de felicidad.

En medio del humo y de las llamas, óbrase un maravilloso prodigio: las lágrimas de Margarita caen sobre el anciano y Fausto recobra su brillante juventud y su pristina belleza; y

Margarita, arrebatada por un goce divino, se inclina y besa su frente.

Las llamas cubren completamente a los dos amantes y entre ellas, sus espíritus suben al Cielo.

Salvados Fausto y Margarita pasan la puerta de la eterna felicidad.

En el firmamento, brillante y luminoso como un arco iris, de grandiosidades opulentas, apoteósicas, aparece un divino arcángel con flamígera espada con la que amenaza a Mefisto que ruge de rabia insana, escupiendo a lo alto:

—¡Quiero a mi víctima!... ¡El pacto!... ¡Cúmplase el pacto!

—¡Una sola palabra anula ese pacto!— anuncia el ángel.

—¿Cuál es?—inquire Satán.

—¡La que causa júbilo en la creación, la que calma el dolor y la pena, la que borra los pecados de la tierra, la palabra eterna!... ¿No la conoces?

—¡No!—rugió Mefisto arrojando fuego por la boca.

—¡Mira!—señala el alado emisario señalando a lo alto.

Y apareció en el firmamento aureolada de luz magnífica la palabra ¡¡AMOR!!

Mefisto, rugiendo de cólera, vencido por el amor, se precipitó en el abismo.

FIN



BIBLIOTECA FILMS

"TÍTULO DE LA SUPREMACÍA"



VOLÚMENES A 25 CÉNTIMOS

Núm.	TÍTULO	Protagonista	Postal
2	No se fie de las apariencias.	Lil Dagover	M. Pickford.
5	¡Cuidado con la curva!	E. Chadwich	Lil Dagover.
6	El León de Venecia	Olaf Fjord	M. Bellamy.
8	Ensueño	Signoret	A. Rouane.
10	Las esposas de los pobres	B. La Marr	E. Chadwich.
11	El Signo del Zorro	D. Fairbanks	D. Fairbanks.
15	Las dos niñas de París	S. Milavanof	Mary-Douglas.
18	Nathan el Sabio	Bella Muznay	Sandra y He.
19	La Huerfanita	Biscot	Dorothy Gis.
20	Clarita May	Bessie Love	Bessie Love.
22	¡Perdida y encontrada!	A. Moreno	A. Moreno.
26	Mandrin, caudillo de leyenda.	R. Joubé	R. Joubé.
27	El velo de la dicha	Sussie Vatta	C. Windsor.
28	Nellie, la bella modelo	C. Winsor	Mae Murray.
30	Como aman los hombres	E. Sweet	B. La Marr.
34	El Caballero de la Pesadilla.	Mosjoukine	Mosjoukine.
36	El regreso de Cyclone Smith.	Eddie Polo	Eddie Polo.
37	Dorothy Vernon	M. Pickford	M. Pickford.
38	La Ley de la Hospitalidad	Pamplinas	Pamplinas.
39	¡Viva el Rey!	Chiquilín	Chiquilín.
41	Locuras de juventud	Mary Carr	Mia May.
42	Historia de un dólar	Tom Moore	Tom Moore.
44	¡Velarás por tu hijo!	A. Baudin	André Rolane.
46	Amor que vence al amor	B. Compson	B. Compson.
47	Los tres Mosqueteros	D. Fairbanks	D. Fairbanks.
48	Tony	Tom Mix	S. Mason.
51	Vida de los artistas de cine.	J. Hill	W. Reid.
55	La gitana blanca	R. Meller	R. Meller.
56	La ingenua	Hella Moja	Hella Moja.
57	El Nueva York de antaño	M. Davies	M. Davies.
60	El casamiento de media noche	K. M. Donald	K. M. Donald.
61	El caballero valiente	Barthelmess	D. Mackaill.
62	La mujer inmortal	B. Compson	G. Walsh.
63	Mónica	F. Dhelia	F. Dhelia.
64	La modistilla	L. Taylor	P. O. Malley.
65	La novia del legionario	Charlia	M. Kosky.
66	Con el amor no se juega	L. Bernhard	L. Bernhard.
67	El Rey sin reino	R. Heribel	R. Heribel.
68	Grandeza de humildes	M. Prevost	M. Prevost.
69	Madre adorada	C. Dowel	R. Devirys.
70	El Santuario del Amor perdido	Conrad Nagel	S. Chaplin.
71	El Chico	Charlot	Lya de Putti.
72	La linda rubia	Mary Mentl	E. Makouska.
73	La llama del genio	H. Hampton	H. Hampton.
74	Judex	R. Navarre	R. Navarre.
75	Nueva misión de Judex	R. Navarre	R. Navarre.
76	El mimado de la abuela	El	El.

Núm.	TÍTULO	Protagonista	Postal
77	Yo pecador	L. Stone	L. Stone.
78	Bajo la máscara	Cayena	Cayena.
79	La rosa de París	M. Philbin	Baby Peggy.
80	Por el recuerdo de un beso	B. Blythe	Betty Blythe.
81	Tosca	Bertini	Bertini.
83	El rey de los corsarios	Jean Angelo	K. d'Albaia.
84	La culpable	Louise Glaun	R. Bouet.
85	En alas de la gloria	Mary Astort	Bebé Daniels.
86	El navegante	Pamplinas	A. Stewart.
87	Avaricia	Zazu Pitts	B. Bayne.
89	Los ángeles del hogar	B. Balne	Monte Blue.
90	La dama de la noche	N. Shearer	N. Shearer.
91	El árbitro de la elegancia	J. Barrimore	V. Valli.
92	¡Que siga la danza!	G. O'Brien	G. O'Brien.
94	Barrera infranqueable	Alice Joyce	G. Walton.
95	Segunda juventud	E. Boardman	C. Nagel.
96	Los peligros del flirt	Monte Blue	N. Kovanto.
97	Dick Turpin	Tom Mix	T. Carminati.
99	Su hora	A. Pringle	Jack Duffy.
101	En el último peldaño	V. Vally	R. Adoree.
102	La coqueta casada	P. Frederick	H. Herber.
103	La mujer comprada	A. Rubens	H. d'Algy.
105	El corazón manda	Viola Dana	Alice Joyce.
106	Compañera te doy	Astrid Holm	Lon Chaney.
97	Por mandato de su hijo	W. Louis	G. Olmsted.
98	La boda de Rosina	Josyan	W. Berry.
109	El secreto de familia	Baby Peggy	P. Frederick.
110	Entre locos anda el juego	Lon Chaney	R. Larocque.
111	El pecador errante	G. Hulette	I. Logan.
113	La calle de las risas y las lágrimas	A. Menjou	Robinne.
114	Los huérfanos de la aldea	Niño de las pecas	Walter Hiers.
115	¡Divorciémonos!	Clara Bow	L. Laplante.
116	El espectro de Oriente	Frank Mayo	J. Kerrigan.
117	La tierra en llamas	Lya de Putti	M. Hume.
118	Maciste en los infiernos	Maciste	A. Menjou.
119	La triste aventura	Bert Lytell	J. Ralston.
120	Mi tío me adora	Max Linder	H. Peters.
121	El Niño de las Monjas	M. Astolfi	Maciste.
123	Bondad	E. Roberts	Richard Dix.
124	El mudo mandato	Alma Tell	Agnes Ayres.
125	Don Q, hijo del Zorro	D. Fairbanks	W. Duncan.
126	La jornada de la muerte	Tom Mix	M. Astolfi.
127	La pequeña Anita	M. Pickford	Bert Lytell.
128	La Desdichada	John Roche	Jack Mulhall.
129	La Quimera del Oro	Charlot	J. Helbling.
130	Rosa del Campo	C. Ubrich	Hoot Gibson.
131	El escenario de la vida	Betty Blithe	E. Purviance.
132	Cuando el amor nace	Clara Bow	Fairbanks, hijo.
133	Un disparo en la noche	Irene Rich	Nazzimova.
135	Enemiga de los hombres	Dorothy Revier	Lillian Rich.

COLECCIONE Vd.



LA MAS SELECTA NOVELA CINEMATOGRAFICA
Volúmenes a 50 cts.

N.º	TÍTULO	Protagonista	Postal
1	El templo de Venus . . .	<i>M. Philbin</i>	<i>M. Philbin</i>
2	La tierra prometida . . .	<i>R. Meller</i>	<i>Tina Meller</i>
3	Sacrificio	<i>Fay Compton</i>	<i>Fay Compton</i>
4	En las garras de la duda .	<i>Leda Gis</i>	<i>Capozzi</i>
5	Ruperto de Hentzau . . .	<i>Lew Cody</i>	<i>Hammestein</i>
6	El tren de la muerte . . .	<i>Cayena</i>	<i>M. Harris</i>
7	La esposa comprada . . .	<i>Alice Terry</i>	<i>Alice Terry</i>
8	El juramento de Lagardère	<i>G. Jacquet</i>	<i>J. Farrell M.</i>
9	Buda, el Profeta de Asia .	<i>Himansu Ray</i>	<i>P. Marmont</i>
10	La princesa que amaba al amor	<i>A. Manzini</i>	<i>L. La Plante</i>
11	La Hija del Brigadier . . .	<i>Nora Gregor</i>	<i>Clara Winsor</i>
12	La fiera del mar	<i>J. Barrymore</i>	<i>R. Denny</i>
13	La mujer que supo amar .	<i>Doris Kenyon</i>	<i>P. Ruth Miller</i>

Enviamos catálogos gratis :-: SOLICITAMOS CORRESPONSALES
Servimos números sueltos, previo envío de su importe en sellos de correo

Biblioteca Films - Valencia, 234 - Barcelona

Imprenta Comercial - Valencia, 234 - Teléfono 958 G - Barcelona